

Mas Edmundo Hay, en su doble carácter de sacerdote y de diplomático, supo mitigar las ofensas, suavizar los enconos, hacer posible la aproximación después del alejamiento y poniendo de relieve ante los ojos de María la grandeza y santidad de la obra proyectada, pidióle en nombre del Papa y del Rey Católico y de la cristiandad entera, que perdonase á Darnley y sacrificase sus sentimientos y afectos personales, á la causa de la religión y al triunfo de la Iglesia católica.

Cedió María, porque era su natural generoso é inclinado á grandes cosas, y así lo prometió á Edmundo Hay y así lo cumplió en efecto, disponiendo su viaje á Glasgow para intentar la reconciliación con Darnley, que allí se hallaba todavía enfermo.

Esta repentina mudanza de la Reina, cuyos altos motivos traslucieron muy pocos, llenó de estupefacción á Bothwell y á sus secuaces, y entonces fué sin duda alguna cuando en aquel infame conciliábulo de rebeldes despechados, ambiciosos traidores, y herejes apóstatas enriquecidos con los despojos de la Iglesia Romana, se fraguó contra el infeliz Darnley, el más negro y misterioso complot que registran las historias de la época.



IX

NADA hay que despierte tanto la sospecha en un ánimo mezquino, como la generosidad de una conducta cuya grandeza no alcanza ni comprende; y esto sucedió á Darnley en Glasgow, con la visita de María Estuardo.

Su desconfianza era, por otra parte, natural y fundada. La mudanza de la Reina había sido demasiado repentina para parecer natural, y las causas que la motivaban eran harto delicadas en su parte de conciencia, y harto graves en su importancia política, para que osase María confiarlas á persona tan insustancial y ligera como Darnley.

El talento y la buena voluntad de María triunfaron, sin embargo, de sus desconfianzas, y poco

á poco fué el *niño enfadado* desarrugando el ceño, confesó sus culpas, ofreció la enmienda, y acabó por pedir y prometer á la Reina que la seguiría á todas partes, con tal que quedase reanudada entre ellos la vida matrimonial, de allí en adelante.

Consintió María, como era su propósito, y propúsole desde luego marchar á Craigmiller, cuyas aguas medicinales habían de hacerle bien, y apresurar su convalecencia. Mas Darnley, por un resto de recelo á los Lores que se habían reunido con Bothwell en Craigmiller mismo, poco tiempo antes, mostró repugnancia á este viaje, y propuso á su vez marchar sin rodeos á Edimburgo é instalarse desde luego en Holyrood con su esposa y con su hijo.

Hízole presente la Reina con grande dulzura y prudencia el grave riesgo de contagio que pudiera haber para el tierno Príncipe, con esta aproximación de su padre convaleciente aún de las viruelas, y entonces se concertó un plan que conciliaba todos los extremos. Darnley había de hospedarse en una casa de campo de los alrededores de Edimburgo, hasta su curación completa. La Reina se instalaría desde luego en Holyrood al lado de su hijo, y desde allí visitaría á Darnley con la mayor frecuencia posible.

Así quedó convenido entre ambos esposos con satisfacción mútua, y la Reina tuvo entonces la funesta ocurrencia de escribir á Bothwell, ordenándole buscar y preparar en las inmediaciones de Edimburgo, la casa más á propósito por su situación sana y ventilada para recibir á Darnley.

Había entonces á las puertas mismas de Edimburgo, un vasto campo que desaparece hoy bajo la parte nueva de la capital de Escocia. En lo alto de una colina veíase una iglesia, ya arruinada en aquel tiempo, que llamaban *Kirk of Field*, esto es, Iglesia del campo; y pegado á ella, existía un vetusto edificio conocido por la *casa del Prebendado*, á causa de haber sido la morada de los antiguos capellanes de aquella iglesia. Rodeábanla los jardines de varias casas situadas en el llano, y más lejos, hacia el lado de Edimburgo, había un antiguo convento de Dominicos, saqueado y destruído por los herejes, que llamaban de los *Frailes Negros* (*Black Friars*).

Era, en efecto, la casa del Prebendado la más sana y bien oreada de aquellas inmediaciones, y era también al mismo tiempo la más aislada y solitaria; y ya fuese por una ú otra de estas condiciones, ya por ser su propietario Roberto Balfour, servil hechura de Bothwell, es lo cierto

que, no obstante lo mezquino y derruido de la tal casa, ella fué la escogida por aquél para albergue del desdichado Enrique Darnley.

Preparóse con gran lujo en la planta baja un cuarto para la Reina, y justamente encima de éste, se dispuso con igual magnificencia, en el piso alto la cámara de Darnley. Sus tres criados, Guillermo Taylor, Tomás Nelson y Eduardo Simons debían alojarse en una galería próxima, destinada también á tocador y guardarropa: particularidades estas que conviene tenga presentes el lector, para comprender bien la horrenda y misteriosa intriga que en aquellos mismos lugares había de desarrollarse.

La Reina y Darnley salieron juntos de Glasgow, viajando en litera y á cortas jornadas, por no sufrir otra cosa la debilidad del enfermo. Salióles al encuentro Bothwell hasta la mitad del camino, y el 31 de Enero llegó y se instaló Darnley en la casa del Prebendado.

Desde entonces, todo pareció recobrar en la corte de Escocia el aspecto mismo que tenía antes de la muerte de Riccio. La Reina visitaba á Darnley diariamente, dábale siempre pruebas de interés y afecto, y por dos veces, en muy corto intervalo, pasó la noche en la casa del Prebendado. Bothwell por su parte, acompañaba y servía á la Reina con su respetuosa galante-

ría de siempre, y trataba á Darnley con todos los miramientos debidos á su rango soberano.

Así pasaron los siete primeros días del mes de Febrero; mas al octavo, que fué sábado, llegaron por la noche al palacio de Holyrood dos de aquellos bandidos asalariados que llamaban entonces *Jacks*, por el colete forrado de hierro que usaban á guisa de armadura. Traían un cofre enorme para el Conde de Botwell, y lo dejaron depositado con el mayor secreto en las habitaciones bajas que ocupaba éste en el palacio.

Al día siguiente, domingo 9 de Febrero, vino la Reina por la tarde á visitar á Darnley, con ánimo de volverse á Holyrood entrada ya la noche. Casábase aquel día su doncella primera Margarita Carwood, y habíala prometido presentarse un momento en la fiesta con que celebraban la boda. Acompañaban á la Reina aquella tarde Lady Reres, el Conde de Bothwell y otros varios cortesanos, y todos ellos conversaron alegremente con Darnley hasta las once de la noche.

Mientras tanto, tres hombres salían con el mayor sigilo de las habitaciones de Bothwell en Holyrood, cargados con sacos muy pesados. Atravesaron clandestinamente el jardín de la Reina, y tomaron el camino de Kirk of Field,

hasta llegar al convento de los Frailes Negros. Ocultos en aquellas ruinas hallábanse otros tres hombres esperando: cargáronse éstos los sacos, y mientras los primeros volvían apresurados á Edimburgo, dirigiéronse ellos con su misteriosa carga á la casa del Prebendado.

Abrióles el francés Nicolás Hubert, llamado ordinariamente París, por ser nacido en la capital de Francia. Era aquel hombre un espía de Bothwell, colocado por este mismo al servicio de María Estuardo. Condújoles el espía con las mayores precauciones á la cámara de la Reina, cuyas llaves, falsas ó verdaderas, tenía en la mano, y allí les dejó encerrados con su carga.

Á las once despidióse la Reina de Darnley, y precedida de pajes y lacayos que alumbraban con antorchas, y rodeada de su comitiva, tomó el camino de Holyrood con grande paz y sosiego. Quedó entonces la casa del Prebendado sumida en el más tranquilo silencio, y desde este momento, nadie ha sabido nunca á punto fijo lo que sucedió dentro de aquellos muros tenebrosos.

Una mujer de las cercanías declaró más tarde, que á las altas horas de la noche, entre una y dos de la madrugada, había oído una voz temerosa que clamaba desde la casa del Prebendado:

—¡Auxilio, hermanos, auxilio!... ¡Auxilio por amor de Dios, que tuvo misericordia de todo el mundo!...

Todo quedó en silencio después de estas voces lastimeras; pero una hora más tarde, un estampido horrendo más fuerte que los disparos de millares de cañones juntos, rompió el silencio de la noche, y un resplandor vivísimo dergarró por un momento sus tinieblas, alcanzándose á ver á su reflejo hasta las jarcias y aparejos de los barcos anclados en el puerto. Volvió á reinar el silencio instantáneamente; pero era ya un silencio de muerte. La casa del Prebendado había volado por los aires, sepultando entre sus escombros cuanto sus muros encerraban.

Aquella detonación formidable sembró la alarma y el pavor en Edimburgo, y el Lord Prevoste acudió aterrado con sus guardas, seguido de mucha gente. Nadie osó, sin embargo, acercarse á las ruinas hasta despuntar el alba; mas á su debil claridad encontraron los más osados entre los escombros á Tomás Nelson, vivo todavía, y más lejos, en un jardín vecino, descubrieron el cadáver de Darnley tendido bajo un árbol: á sus pies, y tocándole casi, se hallaba el de su paje William Taylor, pobre niño de dieciocho años. Darnley hallábase en camisa, medio envuelto en su capa de ricas pie-

les: Taylor, á medio vestir también, tenía á su lado una espada desnuda.

En este momento llegó Bothwell con grande apresuramiento, dando alborotadas muestras de indignación, de horror y de lástima. Abrióse calle entre la muchedumbre, y mandó rodear de guardias los cadáveres y transportarlos á una casa vecina, á fin, sin duda, de que nadie los examinase. Era ya tarde, sin embargo, y todos observaron que no había en ninguno de los cadáveres las quemaduras y golpes que suponen siempre en una explosión el fogonazo y la caída, y que solo se observaban en sus cuellos y en sus rostros las señales inequívocas de haber sido estrangulados.

Esto fué lo que apareció á los ojos de todos, en la superficie de aquel abismo de iniquidad, cuyo negro fondo nadie ha sondeado todavía con verdadera certeza. He aquí ahora lo que resulta de los procesos entablados, y de las prudentes conjeturas que pueden hacerse, sobre documentos de la época, tan claros y explícitos como el despacho del Nuncio del Papa á Cosme I, sacado por el Príncipe de Labanoff de los archivos de Médicis.

El día 8 de Febrero, por la noche, dos foragidos de la banda de Jacks asalariada por Bothwell, llegaron á Holyrood preguntando por su

amo. Llamábanse Hepburn de Bolton y Hay de Tallo, y traían de Dunbar un gran cofre lleno de pólvora, que colocaron secreta y cuidadosamente en las habitaciones ocupadas por el Conde en el palacio.

Al otro día, que fué el del asesinato, Wilson sastre de Bothwell, Powrie su portero, y Dalgleish su ayuda de cámara, dividieron en tres grandes porciones aquella enorme cantidad de pólvora, y entre nueve y diez de la noche la condujeron clandestinamente en sacos y á hombros, á las ruinas del convento de los Frailes Negros.

Ocultos entre las ruinas esperaban los dos Jacks, Hepburn y Hay de Tallo y el Laird de Orminston, tan vendido á Botwell y tan feroz como sus compañeros, aunque de noble linaje. Tomaron éstos á su cargo la pólvora, y mientras Wilson, Powrie y Dalgleish regresaban presurosos á Edimburgo, ellos la condujeron á hombros á la casa del Prebendado. Abrióles allí el espía París, con unas llaves falsas, la cámara de la Reina, y en ella extendieron los tres bandidos toda la pólvora en grandes montones, dispuestos artificiosamente debajo del lecho que ocupaba Darnley en el primer piso. París y el Laird de Orminston volvieron entonces á Edimburgo: Hepburn y Hay de Tallo quedaron

escondidos en la cámara de la Reina, disponiendo una larga mecha que habían de sacar al jardín por una de las ventanas.

Mientras tanto, Bothwell acompañaba á la Reina en la fiesta de Holyrood, y charlaba y bromeaba allí con su gracia y gallardía de siempre. Á las doce bajó apresuradamente á sus habitaciones: quitóse con grande prisa su rico vestido de terciopelo negro bordado de plata y acuchillado de raso, y pidió á su ayuda de cámara Dagleish, como éste mismo declaró más tarde, un traje de color oscuro y tela ordinaria, un capote de montar y un sombrero de anchas y caídas alas.

Así dispuesto y seguido de Dagleish, París, Wilson y Powrie, bajó sigilosamente por una escalera de caracol que daba al jardín de la Reina, é intentó salir por la puerta del Sur de palacio, por parecerle ésta la más solitaria y abandonada en aquella hora. Esto mismo llamó, sin embargo, la atención del centinela, y no bien se acercó la sospechosa caravana, dióles un enérgico y sonoro

—¿Quién vive?

Empujó Bothwell á Powrie por delante para que él respondiese, y así lo hizo éste gritando:

—¡Amigos!...

—¿Amigos de quién?—replicó el centinela.

Y á otra señal de Bothwell contestó Powrie:—Amigos de Milord Bothwell.

Franqueáronle á este nombre temido el postigo, y entonces cruzaron rápidamente la Canonigate, para buscar la puerta de Neither-bow, por donde les era forzosa la salida. Mas también esta puerta se hallaba cerrada, y tocóle esta vez á Wilson, por orden de Bothwell, llevar la palabra. Gritó, pues, el fementido sastre al centinela, con altanería digna de su amo, que abriese la puerta á *los amigos de Milord Bothwell*; y así lo hizo al cabo un soldado viejo llamado Juan Galloway, refunfuñando y preguntándoles con extrañeza qué demonios les hacía andar fuera de la cama á semejantes horas de la noche.

Una vez franqueada esta puerta, ya no encontraron dificultad alguna hasta llegar al convento de los Frailes Negros. Dejó allí Bothwell á Wilson, Powrie y Dagleish, y adelantóse él, solo con París, hasta el jardinillo del Prebendado, donde le esperaban ya los dos bandidos Hepburn y Hay de Tallo.

Corta fué la conferencia que celebraron: á las pocas palabras cruzadas, París entregó á Hepburn un manojo de llaves falsas, y los dos Jacks entraron cautelosamente en la casa y se dirigieron á paso de lobo á la cámara de Darnley.

No dormía éste, desvelado por ruidos que

oyera ó recelos que tuviese, y al entrar los sicarios en la casa, despertó á su paje Taylor, que descansaba en una cama de campaña á los pies de su lecho. El paje encendió una lámpara, y ambos quedaron ansiosos, con el oído alerta; mas cuando oyeron pasos cautelosos en la antecámara, y sintieron que una llave distinta de la que ellos tenían por dentro, intentaba abrir la puerta por fuera, comprendieron al fin el riesgo en que se hallaban.

Darnley se echó fuera de la cama, y envuelto en su capa de pieles y con la espada en la mano trató de huir por la puertecilla del tocador situado en la galería: el paje, á medio vestir también, alumbraba con su lámpara... Y entonces debió ser cuando desde las ventanas del tocador dieron voces pidiendo auxilio, y entonces también cuando los dos asesinos, bien solos, bien ayudados por París y el mismo Bothwell se arrojaron sobre las infelices víctimas, y las hicieron callar estrangulándolas.

Cegados después, sin duda alguna por el aturdimiento que acompaña siempre al crimen, llevaron los cadáveres á un jardín vecino para simular que los había arrojado allí la explosión que iba á seguirse, sin comprender en su azoramiento que estas mismas precauciones habían de hacer más patente el delito:

Una vez consumado el crimen, prendió Hepburn fuego á la mecha y todos corrieron al convento de los Frailes Negros para esperar la explosión en lugar seguro. Pasó un largo cuarto de hora de angustias y zozobras, sin que ésta resonase, y es tradición, aunque ninguno de los testigos lo declarara entonces, que Bothwell mismo, devorado por la impaciencia, se adelantó otra vez hasta la casa del Prebendado, arrastrándose sobre el vientre, para cerciorarse de que la mecha no se había apagado.

Estalló al fin la detonación horrible, y los asesinos huyeron hacia Edimburgo en tropel y á toda carrera, como si les persiguiese el crimen, y el espanto les agujoneara.

Intentaron escalar una brecha del baluarte para evitar el paso de las puertas; pero impidióle á Bothwell semejante esfuerzo una herida reciente que tenía en el brazo, y fuéles forzoso volver hasta la puerta de Neither-bow, y sufrir de nuevo los regaños y extrañezas del soldado Juan Galloway, que no sin gran dificultad consintió en abrirles, alarmado ya por la explosión reciente que acababa de oírse. Una vez en Holyrood, Bothwell respiró libremente; pidió de beber y se metió en la cama.

Media hora después, llamaban á su cuarto con tal violencia, que amenazaban echar la

puerta abajo. Era Jorge Hacket, ugiere de palacio, tan descompuesto y trastornado, que apenas podía hacer uso de la lengua. Incorporóse Bothwell en su lecho y preguntóle con la mayor sangre fría, qué podía ocurrir tan grave, que fuese motivo de tanta urgencia.

—¡Que han volado la casa del Rey, y ha perecido entre los escombros!—contestó Hacket más bien que con palabras, con gritos y con gestos.

Saltó Bothwell de la cama y echó mano á la espada que cerca tenía, gritando:

—¡Fy!... ¡Trahison! y comenzó á vestirse apresuradamente.

Entró en esto el Conde de Huntly, igualmente aterrado, y ambos magnates subieron presurosos á ofrecer sus servicios á la Reina.



X

SIGUIÉRONSE á esta catástrofe tan hondas alteraciones en Escocia, murmuráronse y aun proclamáronse en alta voz tan graves afirmaciones, y hubo tan extrañas y absurdas inconsecuencias en la conducta de los más grandes personajes, y aun de la misma María, que la verdad naufragó entonces en el cenagoso mar de la intriga, el disimulo y la calumnia, y nadie hasta el día de hoy puede vanagloriarse de haberlas sacado á flote en toda su pureza.

Dos opiniones distintas corrieron entonces sobre el tenebroso crimen, y han llegado hasta nosotros á través de los siglos, apoyada una por los herejes enemigos de María, y sostenida